



LA PLANTA DE BARTOLO

de Laura Devetach

Un día Bartolo sembró un cuaderno en un macetón bien grande. Lo regó, lo puso al calor del sol y, cuando menos lo esperaba, ¡pum!, brotó una planta con hojas de todos colores.

Pronto la planta comenzó a dar cuadernos. Eran hermosísimos, como esos que les gustan a los niños. Tenían tapas de colores y muchas hojas muy blancas, que invitaban a hacer sumas, restas, dibujitos y escribir cuentos bonitos.

Bartolo aplaudió siete veces de contento y dijo:

—¡Ahora, todos los niños y niñas tendrán cuadernos!

Pobrecitos los niños del pueblo... Los cuadernos estaban tan caros que las mamás y los papás, en lugar de alegrarse porque escribieran mucho y los fueran terminando, suspiraban fuerte y hondo, y les decían:

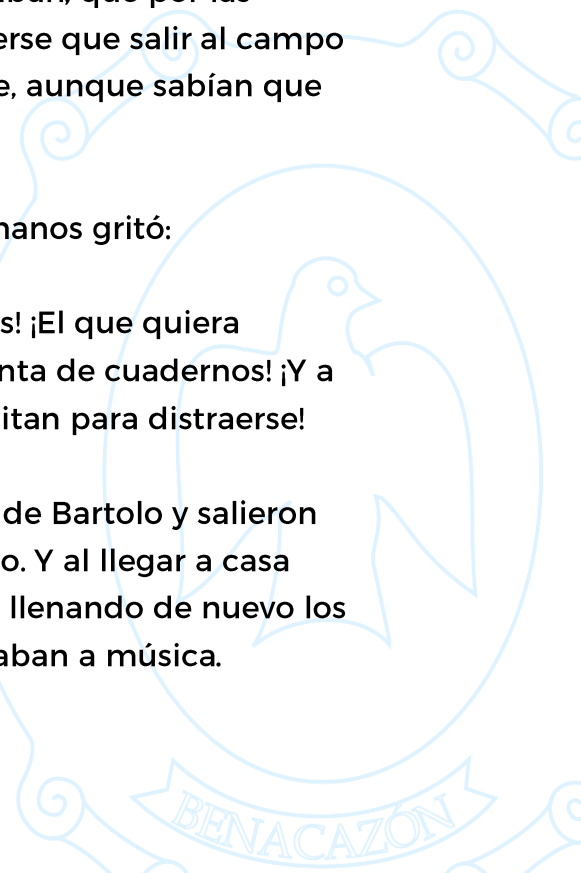
—¿¿¿Ya terminaste otro cuaderno??? ¡Con lo que valen!... ¡Castigado!

Y los niños no sabían qué hacer. Tan aburridos estaban, que por las tardes no se les ocurría otra cosa con la que distraerse que salir al campo a atrapar pajarillos para criarlos en jaulas... algo que, aunque sabían que estaba mal, hacían con cariño.

Bartolo salió a la calle y haciendo bocina con sus manos gritó:

—¡Niños y niñas!, ¡tengo cuadernos lindos para todos! ¡El que quiera cuadernos nuevos que venga! ¡Vengan a ver mi planta de cuadernos! ¡Y a cambio liberen a sus pajarillos, que ya no los necesitan para distraerse!

Todos los niños fueron inmediatamente a la casita de Bartolo y salieron brincando con un cuaderno nuevo debajo del brazo. Y al llegar a casa abrieron sus jaulas, como Bartolo les había pedido, llenando de nuevo los campos de plumas de colores y “pio-pios” que sonaban a música.





Ayuntamiento de **Benacazón**

Y así pasó que, cada vez que acababan uno, Bartolo les daba otro, y ellos escribían y dibujaban con muchísimo gusto. Y ningún niño volvió a aburrirse nunca jamás.

Y este cuento podría haber sido muy cortito y haber terminado aquí, pero una piedra muy dura vino a caer en medio de la felicidad de Bartolo y los niños.

El vendedor de cuadernos se enfadó con Bartolo y nadie sabe bien porqué, a ver quién me lo explica.

Y un día fue caminando con su barriga gorda y pesada, y fumando su largo cigarro, hasta la casa de Bartolo. Golpeó la puerta con las manos llenas de anillos “¡Toc toc! ¡Toc toc!”

Bartolo, que estaba sentado frente a su planta viendo como crecía un cuaderno más, gritó “¡Voy!” y “¡Toc toc! ¡Toc toc!” volvió a llamar el impertinente vendedor de cuadernos. “¡Toc toc! ¡Toc toc!” tocó otra vez mientras Bartolo se peinaba el flequillo antes de abrir la puerta.

—Bartolo —le dijo con falsa sonrisa—, vengo a comprarte tu planta de cuadernos. Te daré por ella un tren lleno de chocolate y un millón de pelotitas de colores.

—No —dijo Bartolo.

—¿No? Te daré entonces una bicicleta de oro y doscientos arbolitos de navidad.

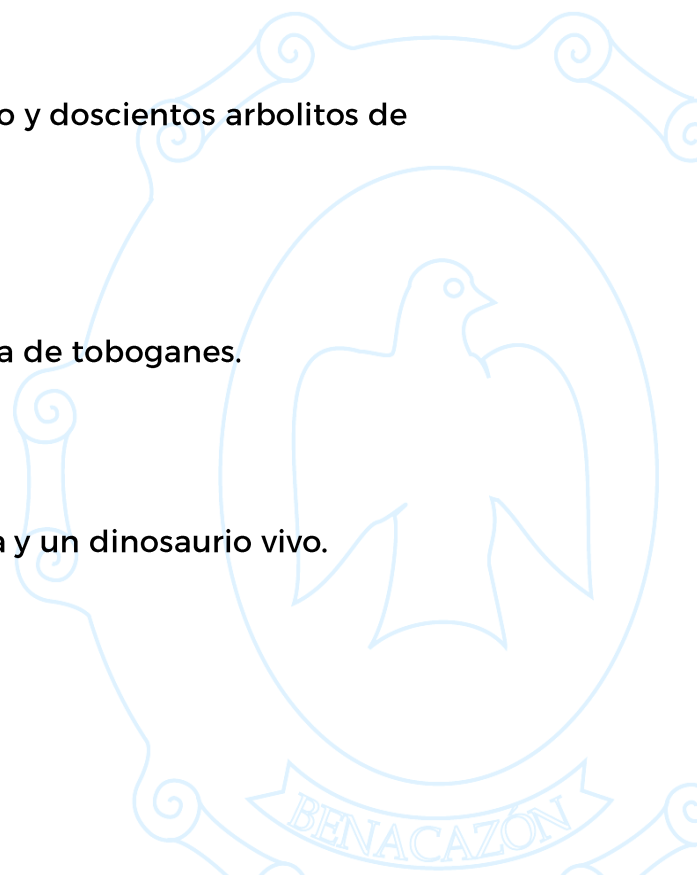
—No.

—Un circo con seis payasos y una plaza llena de toboganes.

—No.

—Una ciudad llena de caramelos de naranja y un dinosaurio vivo.

—No.





Ayuntamiento de **Benacazón**

....

– Mmm... ¿Qué quieres entonces por tu planta de cuadernos?

–Nada. No la vendo—contestó Bartolo.

–¿¿¿Cómo que no??? ¡Todo tiene un precio en esta vida, Bartolo!

–Pues porque los cuadernos no son para vender, sino para que los niños trabajen y se diviertan tranquilos.

–Pues entonces —rugió con su gran boca negra—, ¡te quitaré la planta de cuadernos!

Y se fue echando humo como una vieja locomotora.

Al rato volvió con los soldaditos azules.

–¡Quitadle la planta de cuadernos! Soy el hombre más ricachón del pueblo y yo lo mando—ordenó.

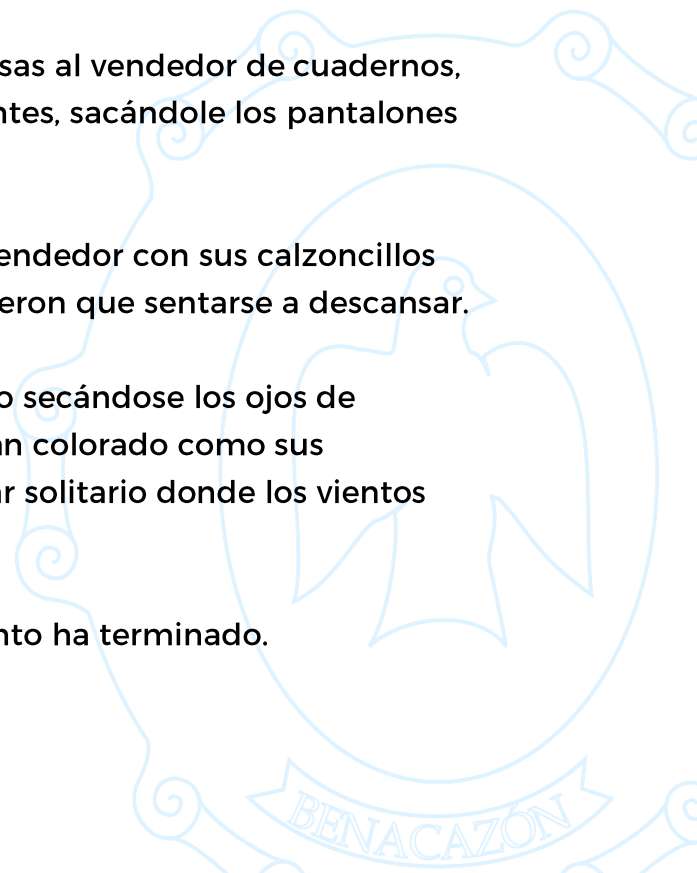
Los soldaditos azules iban a obedecerle cuando llegaron todos los niños silbando y gritando y, en un giro increíble de los acontecimientos, llegó también una bandada de pájaros multicolores desde los campos.

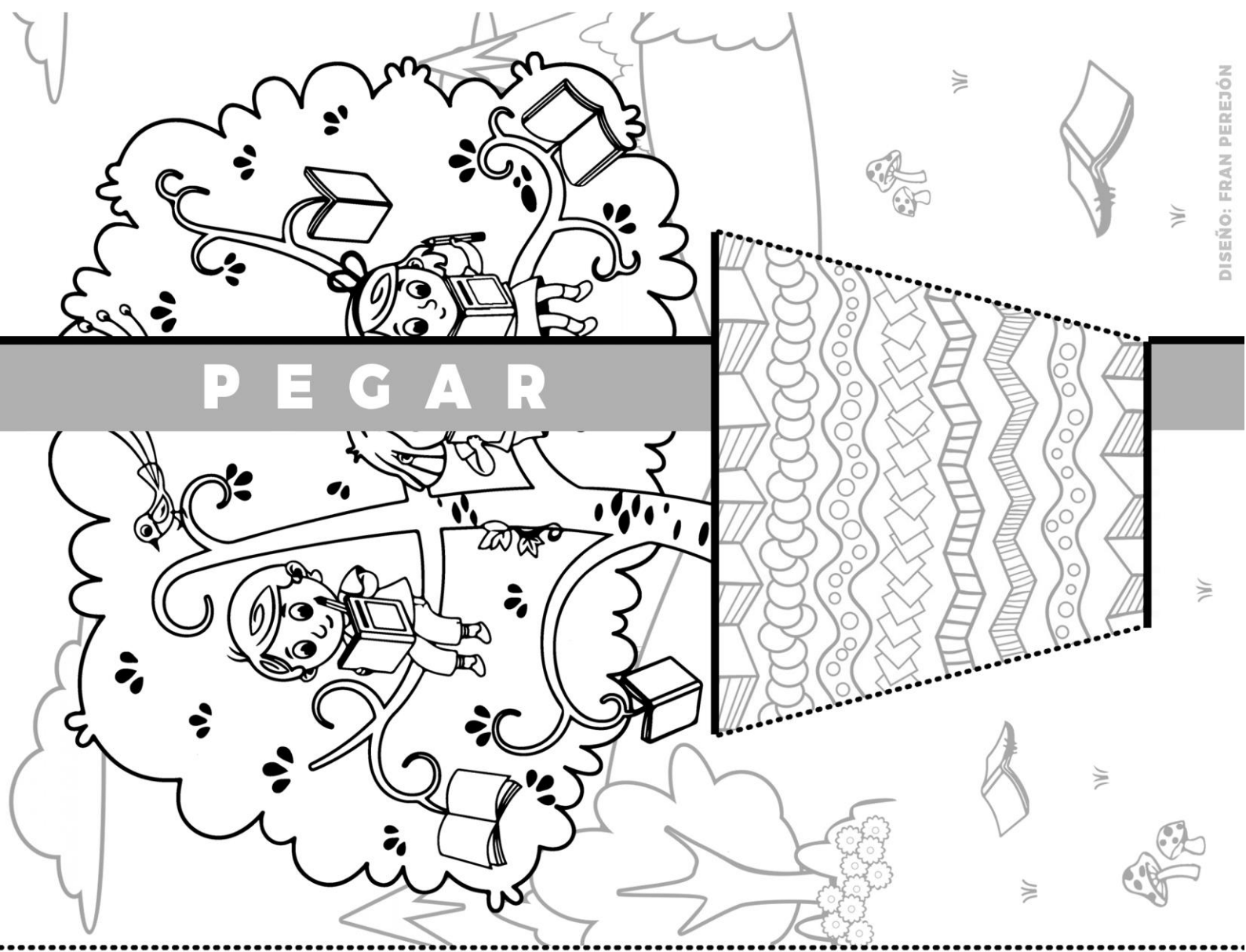
Mientras los niños rodeaban con grandes risas al vendedor de cuadernos, los pájaros comenzaron a tirarle de los tirantes, sacándole los pantalones con sus picos.

Tanto y tanto se rieron los chicos al ver al vendedor con sus calzoncillos colorados, aullando como un loco, que tuvieron que sentarse a descansar.

–¡Buen negocio en otra parte! —gritó Bartolo secándose los ojos de lágrimas de la risa, mientras el vendedor, tan colorado como sus calzoncillos, se iba a la carrera hacia el lugar solitario donde los vientos van a dormir cuando no trabajan.

Y colorín colorado, este encuadrado cuento ha terminado.





PEGAR

Recortar
Doblar



Ayuntamiento de Benacazón

VIERNES DE CUENTACUENTOS

ESPECIAL DÍA INTERNACIONAL DE LA INFANCIA

LA PLANTA DE BARTOLO